

---

## *Magdalena en la mira de los viajeros*

Angélica Peregrina  
*El Colegio de Jalisco*

El verso de Antonio Machado que reza “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”, viene muy al caso al preguntarse ¿qué tan cierto es que un camino altera o favorece la vida de alguna población? ¿Podría llegar a afirmarse que Magdalena ha sido beneficiada por su ubicación geográfica? o en todo caso, ¿ha sido lo contrario?

Ciertamente, la mayoría de los tapatíos contemporáneos asociamos al pueblo de Magdalena con dos cuestiones: primero, evocamos el hermoso lugar donde abundaban los ópalos; y segundo, que éste se localiza en el camino que desde Guadalajara parte hacia el norte, población por donde pasa “la carretera a Nogales”.

Sin la menor intención de llegar a rotundas aseveraciones, no pretendo otra cosa que compartir con ustedes algunas reflexiones que nos aproximen al conocimiento de Magdalena, encaminadas a comprender el devenir de este asentamiento a partir de que la presencia hispana empezó por cambiar su nombre, el autóctono Xochitepec -cerro de flores-, por el de Santa María Magdalena, nombre no elegido fortuitamente, sino por haber llegado aquí con toda seguridad un veraniego 22 de julio.

Como haya sido, me abocaré a comentar en particular los testimonios que sobre Magdalena han dejado los viajeros. Considerando viajero, en el más amplio sentido del vocablo y tal como lo ha hecho José Iturria-

ga de la Fuente, a cuanto caminante cruzó por estas tierras, desde los primeros pobladores que, procedentes del helado estrecho de Bering, avanzaron hacia el sur persiguiendo la presa que saciaría su hambre. Luego los aztecas en busca del águila posada en un nopal devorando una serpiente, esto en el mismo sentido de norte a sur. Siglos más tarde, y en sentido opuesto, el conquistador español avanzando desde el altiplano hacia el norte, en busca del país de los teules-chichimecas o en busca de las míticas Cibola y Quivira, o la ciudad de Cihuatlán donde habitaban únicamente mujeres.

Con el transcurso del tiempo y al afianzarse la colonización hispana en el territorio que se denominaría Nueva Galicia, surgió otro tipo de viajero, precisamente el que cambió la armadura y la espada por los productos de la tierra con cuyo mercadeo se ganaba el diario sustento: o los funcionarios que por encargo de la Corona debían rendir cuenta y razón de cuanto acontecía en estas tierras, deber que por igual acataban legos o clérigos, pues al tanto habría de tenerse a su real majestad acerca de los dominios de ultramar. A ello contribuyeron, pues, los conquistadores, cronistas, obispos, visitadores, etc., de quienes por fortuna se conservan varias de sus obras.

Ahora bien, el hecho de haber sido conquistada por dos expediciones distintas, primero la de Francisco Cortés de San Buenaventura (1524-1525), y posteriormente la de Cristóbal de Oñate (1530), hizo que Magdalena formara parte de la disputa entre Nuño de Guzmán y Hernán Cortés para ver si pertenecía a Nueva España o a Nueva Galicia.

De ahí, pues, que Magdalena fuese un pueblo de frontera durante la época colonial. Los cronistas de aquella etapa refieren que

dicho pueblo... [está] en término divisorio de los dos reinos de la Nueva-España y de la Nueva-Galicia, de suerte que un río que entra por dicho pueblo, divide las jurisdicciones de Etzatlán y Oztotipaquillo... dejando la mitad del pueblo que divide el río por de Etzatlán, y la otra mitad por de Oztotipaquillo, que es de la Nueva Galicia; y la administración es de religiosos de San Francisco.<sup>1</sup>

1. Matías de la Mota Padilla. *Historia del Reino de Nueva Galicia en la América Septentrional*. Guadalajara: IIAH-Universidad de Guadalajara-INAH, 1973, p. 59

Esto se refleja también en las múltiples menciones que los cronistas hacen de Magdalena, y al servir como punto de referencia, suscitó que quedasen distintos testimonios de su existencia.

También colaboró en tal sentido, el hecho de que siendo paso obligado en el camino hacia el noroeste, sobre todo a partir del siglo XVIII cuando se incrementó la población hacia tal zona, gracias a la apertura del puerto de San Blas y a la colonización que desde éste se encaminó hacia Sonora y las Californias, de modo que más de alguno de aquellos que transitaron por el camino real dejó testimonio de su recorrido.

Asimismo encontramos otra constante respecto de Magdalena: si el trayecto es de norte a sur, de San Blas o de Tepic a Guadalajara, o bien en sentido opuesto, Magdalena recibe siempre el adjetivo de la mejor población *antes* o *después* de las barrancas según el caso; el famoso Plan de Barrancas, que tantos comentarios ha provocado a lo largo de estas descripciones de viaje.

Sin embargo, existen testimonios de otro tipo de viajeros, algunos extranjeros que pudieron recorrer estas tierras sólo a partir de la consumación de la independencia, tras lo cual se permitió el hasta entonces prohibido ingreso a quienes no profesaban la fe católica.

Grande era el interés en muchas naciones europeas por saber lo que en México había y se hacía, máxime en aquellas cuya economía estaba en franca expansión y buscaban nuevos mercados para sus excedentes de producción, lo mismo que en aras de conseguir materias primas.

Fue durante el siglo XIX, cuando al cambiar la nacionalidad de la mayor parte de los viajeros, igualmente variaron los enfoques, los puntos de vista, las perspectivas del observador. Es por ello que durante tal centuria se dio un crecido número de relaciones escritas, el género narrativo más socorrido en aquel entonces. Además, la limitación de las comunicaciones motivó a los visitantes a escribir sus impresiones sobre

el lugar con el fin de divulgarlas o de cumplir con una encomienda determinada.

Diferentes fueron los motivos de algunos para visitar Jalisco, como distintos sus oficios: militares, marinos, naturalistas, diplomáticos, comerciantes... Lo que sí llama la atención es que muchos de ellos, sobre todo los británicos y los franceses, pertenecían a sociedades o academias científicas, lo que denota un interés más allá de la aventura o de la natural atracción por lo desconocido. Algunas veces la inclinación por ampliar los conocimientos sobre México tenía propósitos turbios como recabar datos para los gobiernos de sus respectivos países.

Comoquiera, los testimonios que estos visitantes extranjeros nos legaron brindan una gran cantidad de información, la que reúne un punto de vista distinto al nuestro, lo cual no deja de ser enriquecedor y constituye una gran ayuda para percibir y entender el concepto que de nosotros han tenido en otras partes del mundo.

Uno de los primeros extranjeros que dejaron noticia sobre Magdalena es el militar inglés Robert William Hale Hardy, quien realizaba el viaje como representante de una compañía perlera, con el fin de obtener autorización para la pesca de perlas en las costas occidentales mexicanas. Aun cuando se queja continuamente de los avatares que padecen los viajeros en territorio mexicano, por la falta de hospedaje aceptable y el mal estado de los caminos, de Magdalena se expresó en buenos términos, adonde llegó el 30 de diciembre de 1825, en un viaje que realizaba de Guadalajara hacia Sinaloa:

Llegamos a La Magdalena a las dos p.m. Este pueblo está situado en un valle cerca de un gran lago del mismo nombre y produce excelente pescado del cual comimos, pero el descenso hacia él está muy escabroso. El real de Santo Tomás está cerca de aquí y el Real de Hostotipaquillo se ve a lo lejos a mano izquierda, a tres millas. El hospedaje en el mesón no estuvo mal ni sucio, ya que recientemente lo habían construido. El pueblo en sí es muy bonito, con jardines de naranjos, mirto y jazmín en pleno florecimiento. El lago también es bonito, aunque está algo lejos, aproximadamente a una milla en dirección occidental<sup>2</sup>

2. José María Murriá y Angélica Peregrina (comps.), *Viajeros anglosajones por Jalisco, siglo XIX*. México: INAH, Programa de Estudios Jaliscienses, 1992 (Col. Regiones de México), p. 60.

Trece años después, el lunes 25 de agosto de 1838, pasó por Magdalena un alemán que escribió sus recuerdos de viaje en francés, Isidore Löwenstern la describe así:

A cinco leguas de Tequila se llega a La Magdalena, situada entre dos montañas cerca de un pequeño lago. Las casas de este pequeño paraje están cubiertas con tejas de forma cóncava. El mesón allí es bastante limpio. A una corta distancia de La Magdalena está Tequisquite, donde termina la ruta que permite a los carruajes llegar desde México hasta aquí. Toda posibilidad de avanzar con un coche cesa por consiguiente. Nada induce a mayor error en México que el pomposo nombre de *camino real*, bajo el cual se designan los más horribles senderos que apenas permiten pasar a una mula con su carga entre las rocas, pero que se le da a toda vía de comunicación de una ciudad o de un puerto de importancia con la capital.<sup>3</sup>

Evidentemente nuestro personaje se aprestaba a emprender la jornada por Plan de Barrancas.

Conforme transcurría el tiempo, las visitas de los extranjeros se fueron haciendo más frecuentes, al mediar el siglo pasado, entre 1849 y 1850, otro inglés apellidado Barrister pasó por Magdalena en su trayecto de Guadalajara a Tepic y luego a San Blas, puerto en el cual se embarcaría:

Entre Tequila y La Magdalena, un pueblo donde me detuve a desayunar, crucé un cerro compuesto de obsidiana, que yacía por todas partes en montones, probando el origen volcánico de la región. Este material era usado por los mexicanos de Moctezuma para hacer sus cuchillos ceremoniales y otros instrumentos cortantes. Durante este día vi una gran cantidad de cultivos y el campo lucía, en general, más sonriente y feliz de lo que había visto antes en México. En la tarde pasé por una hacienda grande, llamada Mochitiltic, y hacia las seis llegué al Plan de Barrancas, ubicado en una profunda cañada, de donde toma su nombre.<sup>4</sup>

Durante 1850 por aquí pasó un norteamericano recién retirado del ejército, William W. Carpenter, quien, mirando el lado práctico de toda cuestión, tan sólo refiere que después de haber pernoctado en Tequila, a "la mañana siguiente partimos a hora temprana y cerca del mediodía llegamos a un lugar llamado Magdalena. Aquí fuimos con el alcalde quien nos dio una cena gratuita".<sup>5</sup>

3. Isidore Löwenstern, *Le Mexique, souvenirs d'un voyageur par...* Paris: Arthus Bertrand, libraire-éditeur, 1843, pp. 371-372.

4. A. Barrister, *A trip to Mexico or recollections of a ten-months' ramble in 1849-50*, London: Smith, Elder and Co., 1851, p. 119. Traducción de Agustín Vaca.

5. William W. Carpenter, *Travels and adventures in Mexico; in the course of journeys of upward of 2500 miles, performed on foot*, New York: Harper & Brothers, publishers, 1851, pp. 224-225.

Otro norteamericano, Joseph W. Revere, habiéndose retirado de la Marina, se convirtió en ranchero y comerciante; pero sin poder olvidar su vocación castrense, durante 1851 colaboró con el ejército mexicano a fin de reorganizar su artillería. Éste se concretó a mencionar, “atravesamos Ixtlán, Magdalena y Plan de Barrancas, y al segundo día llegamos a Guadalajara”. Como su mayor interés era el comercio, a tal grado que hasta vendió en San Blas su embarcación, continuó por tierra y llegó a Tepic, siguió hasta Guadalajara y de allí pasaría a la feria de San Juan de los Lagos, donde pretendía vender las mercancías que le quedaban; de esta manera no es de extrañar que no externase mayor comentario.<sup>6</sup>

Resalta, por su velada crítica, la flemática opinión del inglés, W. H. Bullock, quien después de una muy agradable estancia en Guadalajara, tuvo que partir hacia Tepic, más a fuerza que de grado, pues las “70 leguas ó 175 millas, que a caballo se logran en cuatro días”, a través de un camino que aseguraba era

en su mayor parte aburrido y la incomodidad y la fatiga excesivas: de no haber estado tan convencido de querer llegar a Tepic y al Pacífico, me hubiera regresado a medio camino. En el día se está expuesto durante 10 horas al sol tropical y por las noches a los incontables bichos y al lodo, donde no hay otra opción más que dormir allí. Bajo estas circunstancias no es sorprendente que un viaje de Guadalajara a Tepic no se haga por placer.<sup>7</sup>

Así pues, no deben sorprender las anteriores aseveraciones, pues este súbdito británico viajó por México entre 1864 y 1865, época en la que nuestro país luchaba a toda costa por expulsar a los invasores franceses.

Sea como fuere, he dejado al final la reseña más completa que sobre Magdalena he localizado en las descripciones de extranjeros que han llegado a mis manos, la cual se debe a la pluma de un norteamericano, quien con el seudónimo de *Cincinnati* publicó las notas del viaje que realizó durante los meses de marzo y abril de 1856. Este personaje se muestra como un crítico con muy particulares dotes de observación e

6. Muria y Peregrina, *op. cit.*, p. 149.

7. *Ibid.*, p. 180

indudable y extensa cultura. Así se expresó al aproximarse a Magdalena:

Habiendo tenido un minuto de respiro y después de alzar los ojos al cielo suplicando que clarcara, continuamos aparentemente indiferentes a los peligros que nos acechaban.

Cerca de las siete de la mañana llegamos a la villa de Magdalena, a 120 millas de Tepic, con una población de 2 500 almas. El colorido de los mexicanos en este pueblo era el usual, y yo apostaría que once doceavos son poseedores de una mezcla oscura o parduzca. Esta villa se asienta en una hermosa llanura rodeada de altivas cumbres. Tiene un trazo regular y, próxima al centro, se extiende un área de cinco acres destinada a plaza pública, rodeada por edificios oficiales y privados que consisten en una iglesia de estilo gótico moderno, una escuela y un instituto de aprendizaje para uno y otro sexo, una Sala de la Audiencia, la Plaza de Armas, almacenes, una fonda y casas privadas. Noté que tanto las residencias privadas como la plaza pública estaban adornadas con canchillos, fuentes y árboles frutales propios del trópico que mezclaban sus ricas fragancias llevadas por la brisa de la montaña, semejantes a los famosos aromas de la desértica Arabia que hacen que el ausente suspire de nostalgia por su país, la perfumada patria de sus antepasados.

En esta villa se observa el mismo estilo de arquitectura, la misma forma de riego y la misma manera de pavimentar las calles y las aceras, que he mencionado antes respecto a pueblos y villas de la misma importancia. A corta distancia de este pueblo, en dirección noreste hay un lago del mismo nombre, el lago de Magdalena. Es el primer lago merecedor de ese nombre que he encontrado en el curso de mis recientes viajes por la vertiente occidental y, aunque comparativamente pequeño

y no apropiado para el progreso del comercio interno, sin embargo está casi a nivel con la mayor parte de los campos que rodean la villa y se halla circundado a no mucha distancia por montañas de diferentes alturas cuyas laderas presentan el aspecto peculiar de las convulsiones volcánicas. No pude dejar de admirar este agradable contraste con mis anteriores observaciones cuando el sol naciente reflejó sus dorados rayos sobre las cristalinas aguas del lago. Era una mañana de abril y el astro rey prestaba vida a los objetos circundantes; la aromática brisa bajaba de las montañas y nos seguía por dondequiera que atravesábamos; nos sentíamos animados, no tanto por el ímpetu de la juventud como por el hermoso sitio del que nos complacíamos en disfrutar. En esta villa los negocios son muy variados y se combina la propiedad o administración de una fonda con el comercio, la agricultura y la horticultura, aunque en pequeña escala, y los productos son los mismos ya mencionados y propios de este clima tan prolífico y agradable.

En cuanto a las escuelas, tengo entendido que siguen el mismo sistema de enseñanza que los otros establecimientos que conocí; se enseña a la juventud más bien nociones de movimientos y evoluciones graciosas propias de su fe, que nociones de artes y ciencias tan necesarias para que quienes las poseen irradien una benigna influencia sobre el cuerpo político y se distingan como guías de la felicidad y prosperidad doméstica y pública, y baluartes que afirmen y mantengan la seguridad del Estado.

Permanecimos en esta villa apenas el tiempo suficiente para echar una ojeada al lugar y a sus características generales y obtener una nueva remuda de mulas. Pronto estuvimos listos para proseguir. Comenzaba a sentirse bastante calor pues el sol se acercaba rápidamente a su altura meridional.



nal. Seguimos adelante sobre el empedrado pavimento, haciendo el mismo ruido que una distante descarga de artillería y muy pronto, yendo a paso rápido, bordeamos la orilla sur del lago teniendo frente a nosotros y a nuestro alrededor una hermosa llanura; no obstante, a alguna distancia, algo suscitó aún más nuestra admiración: la contemplación de un pintoresco escenario de paisajes de montaña con todas las variadas formaciones de contornos cónicos u oblicuos que el calor volcánico es capaz de moldear.

En una distancia de 18 millas no se nota ninguna diferencia específica en las características generales de la comarca. Al señalar esto, no pretendo afirmar que el panorama es completamente monótono, ni que siguiéramos viendo el lago y en particular este valle, sino que de continuo surgían ante nuestra vista cambios peculiares de una zona por naturaleza convulsiva.

Tras efectuar en este espacio de tiempo intermedio una remuda, llegamos a las diez de la mañana a la villa de Tequila, a 138 millas de la ciudad de Tepic...<sup>8</sup>

Aun cuando Cincinnatus permaneció en Magdalena unas cuantas horas, su descripción posee una frescura envidiable y una perspicacia notable. Me llama la atención que resalte la particularidad de los negociantes de esta villa, consistente en combinar su actividad primordial con "la propiedad o administración de una fonda". Lo cual confirma la vocación de Magdalena por atender de la mejor manera a los continuos visitantes.

Finalmente, debo agregar que esta es tan sólo una muestra de siete distintos viajeros, que visitaron esta región de Jalisco durante el siglo pasado, muestra que revela, reitero, los particulares puntos de vista que tales personajes plasmaron acerca de la impresión que les causó esta comunidad en su momento. Ojalá sirvan para aproximarnos al conocimiento de la historia de Magdalena.

8. Cincinnatus [Marvin Wheat]. *Cartas de viaje por el Occidente de México*. Trad. Pastora Rodríguez Aviñoá. Ed. preliminar José Ma. Murriá y Angélica Peregrina. México: Lotería Nacional para la Asistencia Pública-El Colegio de Jalisco, 1994, pp. 106-109.